



Por TEIXEIRA DE PASCOAES

Traducción de Alvaro Cunquero

EN el mundo físico la misma causa produce siempre el mismo efecto. Una siempre, se nos parece como dotada de un carácter inmutable. Es siempre el mismo hueso. Pero las fuerzas naturales y fatales se hacen vivas en el hombre. Enloquecen o actúan por cuenta propia. Nuestra alma adquiere así su libertad. Ella es libre y nosotros somos sus esclavos. Obedecemos sus caprichos y realizamos lo que ella sueña. El móvil de la acción humana es el sueño, el nocturno y el diurno, el trascendente y el inmanente. El sueño se nos revela como personaje orientador. El héroe antiguo procedía conforme a los avisos recibidos de algún dios que, durante el sueño, le hablaba. El sueño diurno o inmanente no se personaliza; actúa en nosotros de un modo indefinido, pero adquiere también un poder extraordinario en algunos temperamentos. Tenemos el sueño religioso de Pablo y el político de Napoleón. Y es todo lo que tenemos desde que en las hojas de los árboles sonó la muerte de Grecia.

La Historia es el sueño humano en actividad, trasbordada en algunos períodos de su lecho. Entonces la Historia es un espectáculo maravilloso: el Regreso de las Cenizas, el Apóstol en el camino de Damasco.

Si el origen de los acontecimientos es fantástico, el derivar de los mismos obedece a un principio afirmativo y negativo, pues toda afirmación corresponde a una negación y al avance el retroceso. El exceso de movimiento en un sentido provoca el rechazo. Cuando las masas abusan de su dominio, surge el individuo que las domina, y viceversa. Es el flujo y reflujo de la onda. Se produce una expansión indefinida cuando los pueblos caminan del nacionalismo pagano para el universalismo cristiano. En caso inverso, se produce una concentración definidora. Nacionalismo y universalismo, guerra y paz, dos límites absolutos que mutuamente se repelen.

La Historia es progreso y reacción, ida y vuelta, una oscilación entre dos puntos irreductibles: el gaseoso y el sólido. Esta oscilación pendular normal tiene momentos anormales. Vemos la planicie y la montaña, la bonanza y el temporal, Napoleón y Luis XVIII. Pero todos los períodos históricos resultan o nacen, o mejor, renacen unos de otros. Asistimos a una sucesión de renacimientos. La Revolución del 89 repite las luchas de la plebe contra el patriciado, como la Iglesia católica medieval repite la unidad imperial. La Edad Media es parodia religiosa del cesarismo. Sólo hay renacimientos. El nacimiento es una hipótesis escondida entre las tinieblas del pasado y una aureola que encanta la niñez de los viejos. La Historia, siendo la descripción interpretativa del sueño humano, es un drama en el sentido shakespeariano de la palabra, con lances esquilianos o sobrenaturales: drama sentimental o judaico, intelectual o griego, político o romano, económico o británico. El drama romano lo heredó Francia en la Edad Moderna y le dió la grandeza napoleónica.

La Historia adquiere, desde 1789 a 1815, una altura extraordinaria, un carácter de epopeya. Llegamos a la Revolución y al Imperio, a la expansión creadora de un pueblo y a su concen-

tración definidora en un solo hombre. Esta epopeya, prefaciada por los franceses, la compone un héroe y un poeta. La Revolución es el prólogo de Napoleón, y éste, concluyéndola o definiéndola, la metió en el dogma: es su iglesia.

¡Qué epopeya! ¡Qué riqueza de escenas, personajes y escenario! ¡Marat, ese rugido de la plebe, y el Kremlin, el orgullo petrificado de los Zares! La Marsellesa y Bonaparte son el mismo himno rasgando las tinieblas. Desaix y las Pirámides, Ney y la nieve de la retirada, Josefina y El Escorial, la Malmaison y el Tajo y el Niemen... El palco es el mundo, y tiene como centro a París, la nueva urbe, la Roma del Anticristo. Pero el actor supremo es mediterráneo, grecolatino, como cualquier sirena o tritón; posee el doble encanto de las canciones seductoras y el ronco son del cuerno, que desata las tempestades. Es el Renacimiento individualizado, una estatua hecha en carne viva por el pueblo, que en ciertas horas es Miguel Angel, porque sabe esculpir sus héroes. El señor es una obra de los esclavos.

La Revolución es el prefacio de Napoleón y de la Historia Moderna de Europa, en el estilo de la Grecia de Alejandro, la Roma de César y el Egipto ignoto de Sesostris. En el remoto pasado se esfuma el perfil de un Faraón, mixto de dios y cocodrilo, con la máscara momificada y hierática, bajo una umbrela de lino; y otro fantasma dormita en una tienda de campaña, con la cabeza sobre una "Iliada" y con la "Iliada" en la cabeza, y otro más duerme, esta vez para siempre, al pie de la estatua de Pompeyo. Ahora todos los fantasmas son uno solo: Napoleón Bonaparte, sobre los Alpes, envuelto en una nube gloriosa. Si tenemos una Historia moderna se la debemos a él, pues los hechos que no se personalizan se suman en un derivar monótono e incoloro. ¿Qué es un drama sin personajes? Pues la Historia es un drama.

Repito: existen Grecia y Judea y dos acontecimientos: Cristianismo y Revolución Francesa. Después de la "anormalidad cristiana" (San Pablo) aparece la libertad revolucionaria, reaccionando contra el predominio del clero y de la nobleza, únicos detentadores de la verdad y del dinero, que es la verdad acuñada en oro, plata o cobre o en asignados de papel. ¿No es la verdad el valor de las cosas? La verdad existe en las cosas como el valor en la moneda. Las propias cosas son monedas con la efigie desgastada. ¿Será un rey o un gorro frigio? ¿Monarquía o República? ¿Quién vive? ¿Luis XVI o Marat? El Universo fué una monarquía, con Jehová en el trono; se transformó en una república con un célebre triunvirato. La libertad fué una especie de renacimiento laico del cristianismo, la redención, conquistada por la voluntad popular; que el pueblo es dios de sí mismo cuando se levanta en tempestad. Tiene su "Evangelio", con oraciones democráticas dirigidas al "Ente Supremo" y a la Diosa Razón por los "sans-culottes", y tiene un Sumo Pontífice: Robespierre. Se trata de un Ente Supremo y de una Diosa. Siempre Judea y Grecia, Jehová y Aspasia, la cortesana y el profeta, el amor, ¡el amor! Si la ley de Cristo se hubiese impuesto a la humanidad,